

## VI. 500 Años de *El Príncipe*\*

A 500 años de su publicación, *El Príncipe* de Maquiavelo está tan joven como el primer día: 500 años de revolución constante en torno al astro de la civilización occidental —y más allá—, en lugar de avejentarlo como a la inmensa mayoría de los libros coetáneos, o incluso de confinarlo a yacer muerto y sepultado, salvo en alguna inscripción marginal, como a una mayoría aún más inmensa de libros, coetáneos o no, no han logrado sino rejuvenecerlo; de hecho, una pléyade de actos celebrados por doquier conmemorando su redacción ciñe su corona sobre el paso del tiempo.<sup>1</sup>

Y no cabe imputar a que no haya ocurrido precisamente nada desde que el libro viera la luz la causa de su vigencia. Desde entonces, en efecto, se han sucedido series de acontecimientos que jalonan la historia occidental y han ido configurando su actual fi-

---

\* El presente trabajo se publicó como *Introducción* al libro *500 años de El Príncipe de Maquiavelo*, Puebla, El Errante Editor, 2014, a raíz del Congreso sobre el 500 aniversario de la publicación de *Il Principe*, celebrado en Puebla, México, los días 25 y 26 de abril de 2013, pp. 11-26.

<sup>1</sup> Añadamos que en los últimos tiempos, *El Príncipe*, además de perpetuar su imperio en la política, ha saltado a otros medios, como la empresa y, últimamente, según parece, la universidad véase Baldini, Enzo, “Machiavellismo e machiavellismi: progetto di ricerca e messa a punto di un concetto”, en Rienzo, Alessandro y Borrelli, Gianfranco (eds.), *Anglo-American Faces of Machiavelli. Machiavelli e machiavellismi nella cultura anglo-americana, (secoli XVI-XX)*, Milán, Polimetrica, 2009, pp. 23-24. Por otro lado, una cierta información acerca de parte de los acontecimientos internacionales celebrados en conmemoración de la misma efeméride que nos ha reunido en Puebla el lector la puede encontrar en la siguiente página web: <http://www.hpermachiavellism.net>

## INDIVIDUO Y POLÍTICA EN *EL PRÍNCIPE* DE MAQUIAVELO

---

sonomía, como la forja generalizada del Estado moderno, de cuya intrahistoria el libro en cuestión forma parte; o como la crisis religiosa, de la que brotaron la Reforma y su antagonista en el bando católico; o el descubrimiento del Nuevo Mundo, uno de los acontecimientos más trascendentales de la historia universal; la construcción de imperios —portugués y español en primer lugar; turco a continuación; francés e inglés luego—, o las revoluciones francesa, norteamericana y rusa; la Revolución Industrial y la extensión planetaria del comercio, la colonización europea, el surgimiento del liberalismo y la democracia, el crecimiento del sujeto individual, de su autonomía moral y personal merced a su reconocimiento como sujeto de derechos, la ampliación de los mismos a otras esferas no estrictamente políticas que hacen más creíble su ejercicio en estas, la irrupción del totalitarismo, dos guerras mundiales en gran medida europeas, la larga Guerra Fría, la exportación de la forma Estado a realidades sin condiciones para su desarrollo, el progreso autoritario de los nacionalismos, el avance paulatino del Islam en Europa, la globalización, la plaga del terrorismo y de los fanatismos nacionalistas y religiosos, el descrédito exterior de las democracias, su capitulación ante el mercado, el sueño y la cada vez más patente pesadilla de Europa, un síntoma más del malestar de nuestro tiempo, etcétera.

En la propia Italia, los cambios no han sido menores: además de la unidad nacional, es decir, de la construcción de un Estado italiano unitario del que el autor mismo de *El Príncipe* se había convertido en temprano abogado con la inspirada jaculatoria inmortalizada en el capítulo XXVI, la península itálica es asimismo el teatro donde, hasta el siglo XIX, las potencias europeas miden sus ambiciones con sus armas, y donde los príncipes italianos miden sus sueños y demás miserias<sup>2</sup> con la realidad, y donde todos se reparten sus despojos, menos aquellos que en las luchas han terminado por devenir ellos mismos despojos. Es igualmente un escenario que, en el siglo XVII, padece una suerte de hibernación católica con la que la Iglesia pretende acentuar el dominio que le queda tras la herejía protestante; el aislamiento obra sus efectos en el terreno religioso, pero no puede impedir ni la revolución

---

<sup>2</sup> Recuérdense al respecto las desoladoras páginas finales de *El Arte de la guerra*, Madrid, Tecnos, 1995.

## 500 Años de *El Príncipe*

---

cultural ilustrada ni la invasión militar austriaca a lo largo del siglo sucesivo. Por lo demás, la citada Unidad no llegará hasta el siglo XIX, con el *Risorgimento*, o hasta el siglo XX si se cuentan también los territorios irredentos: ya durante el *Regno d'Italia*, que sobrevivirá hasta 1946, y en cuyo seno, a rebufo de la violencia, se formará la gangrena totalitaria del fascismo, que derrotado durante la Segunda Guerra Mundial, dará paso a la nueva República, antesala de la actual.

*El Príncipe*, autopropulsado por su propio contenido, a la par que impulsado por los anatemas que papas y popes, y fariseos de toda laya, han ido vertiendo sobre él, no ha dejado de viajar por el tiempo como un contemporáneo de ese haz plural de acontecimientos. Tirios y troyanos, partidarios y detractores, que a veces —émulos a su manera del sofista Antifonte— lo eran a la vez, lo han mantenido en el candelero político e intelectual por encima de las circunstancias: un bajel a resguardo de todas las tormentas. Nunca nada lo retuvo para siempre atado, ni siquiera la vejanía religiosa, el desprecio mercenario o las ínfulas imperiales: cada una de ellas una “contraofensiva fracasada”, por decirlo con Procacci.<sup>3</sup> Ni tampoco, claro está, la crítica sincera e ingenua de quienes seguían mirando solo su lado bueno cuando miraban al hombre y concebían la política, teórica o práctica, como una provincia del deber ser, especie esta cada vez más rara entre sus cultores, todo hay que decirlo, que cuenta a la obra demonizada justamente como uno de los agentes de su progresiva extinción.

Ese viaje Maquiavelo lo ha hecho en diversos medios: desde dentro de las mentes de sus contemporáneos y de las generaciones sucesivas al permearlas con sus ideas, y ello incluso cuando fingen repúblicas que, aun emancipado su tejido social de baratijas conventuales, aún sueñan no solo con letras escritas en gre-

---

<sup>3</sup> Procacci, Giuliano, *Machiavelli nella cultura europea*, Roma-Bari, Laterza, 1995, p. 288. La primera parte de este libro ha sido indispensable para nuestras observaciones sobre la influencia del pensamiento maquiaveliano en Europa. Un texto más reciente, pero circunscrito al ámbito anglosajón, es el señalado en la nota 1, en el cual el lector encontrará un extenso capítulo de Daniela Coli titulado *The Young Hobbes, the Myth of Rome, and Machiavelli*, pp. 149-185. Naturalmente, y como es bien sabido, sobre ese y otros muchos tópicos del pensamiento maquiaveliano la bibliografía es, sencillamente, *sterminata*.

## INDIVIDUO Y POLÍTICA EN *EL PRÍNCIPE* DE MAQUIAVELO

---

co-latino, sino también con los supuestamente santos preceptos de la moral católica, según muestra Brucioli —el discípulo republicano de Maquiavelo y compañero suyo en las discusiones de los Orti Oricelari— en su diálogo *Della Repubblica*, cuya primera edición data de un año antes de la muerte de Maquiavelo, esto es, de 1526. O bien formando parte de la legación itálica, un conglomerado de semillas culturales que constituía la cabeza visible de la *République des Lettres*, el país intelectual que desde finales del siglo XIV, y alrededor del latín, habían ido conformando los numerosos doctos de la Europa occidental, y que esparciéndose a lo largo y ancho de su territorio transformó cuantitativa y cualitativamente la producción de saber —del que su expresión en lenguas vernáculas devino uno de los resultados más vistosos y revolucionarios.

Y, naturalmente, también viajó solo. La mayor parte del tiempo. Podía hacerlo en cuanto embajador de la idea de república o de la del principado o monarquía, y lo hizo como embajador de las dos (según atestiguan, por citar dos significados ejemplos, Rousseau o Federico II, cada uno a su manera: desde el elogio o desde el desprecio, respectivamente). Y si bien el trecho común es enorme, pues el ejercicio del poder, pese a las grandes diferencias entre quienes lo ejercen, mancomuna la correspondiente tarea en ambos regímenes políticos, la historia nos ha mostrado repetidamente la insuficiente intelección, voluntaria o no, de dicho dato. Baste al respecto con recordar, por un lado, los fraudulentos intentos de confinar *El Príncipe* en el reino de los *Discorsi*, esto es, de hacer de su titular un vasallo de la república, al tiempo que una operación de maquillaje al libro lo edulcoraba al punto de convertirlo en tratado teórico al uso, en lugar de reconocerlo como un inédito manual para la acción, bien que trufado de teoría. O con tener presente, por otro, la execración lanzada contra Maquiavelo por el cardenal Reginald Pole con su científica afirmación de que *El Príncipe* fue “escrito con el dedo del diablo”,<sup>4</sup> tan diverso del suyo, sin duda. En ambos casos, con todo, se pasa

---

<sup>4</sup> Procacci, *op. cit.*, p. 87. El dardo lanzado por Pole en 1539 marca probablemente la *svolta* del antimachiavelismo, una hoguera cuyo fuego terminaría de prender más tarde Gentillet en 1576 con su *Discours contre Machiavel*, *op. cit.*, p. 132.

## 500 Años de *El Príncipe*

---

por alto esa amplia unificación en el ejercicio del poder, máxima en el ámbito de las relaciones internacionales, entre los regímenes descritos en las dos obras maestras maquiavelianas, y que insta a su autor a aconsejar al príncipe moderno que recabe ayuda en el rico muestrario de hechos ejemplares llevados a cabo por la República romana.

Cierto, para ese viaje en solitario a lo largo del tiempo no solo contó con la potencia, precisión y claridad de sus ideas, expuestas en un lenguaje comparable en perfección al de los otros grandes clásicos de la literatura italiana, como Petrarca, Dante o Boccaccio; o con la inaudita libertad de su mente, cuya magia ocasionalmente transformó el mundo oscurantista de las creencias católicas en vulgar materia de chascarrillo, sino también con los cultivados prejuicios de quienes, clérigos o seculares, aún no se habían percatado del tiempo nuevo en el cual se vivía, que requería de otros criterios para fundamentar la autoridad en cualesquiera de los terrenos donde esta quisiera hacerse valer; y que no bastaba con declararse ángel custodio de la fe, como es el caso del papa y de sus validos jesuitas, entre otros, al frente de la Iglesia católica, o representante de Dios en la tierra, porque ni la mitra ni el trono eran de por sí símbolos de un poder irrefrenable, sino justamente al revés en determinados ambientes.<sup>5</sup> De ahí que la santificación oficial de Maquiavelo, como diablo mayor al ser sus obras incluidas en el *Índice* en 1559, produjo numerosas protestas entre los librepensadores de la época, como habría producido, nos atrevemos a imaginar, más de una sonrisa burlona y catártica en quien había sido objeto de tan fáustico homenaje, máxime sa-

---

<sup>5</sup> Conviene señalar aquí, en efecto, que aun cuando diferentes entre sí la cuestión de la “recepción” y la “crítica” de la teoría de Maquiavelo y la del “maquiavelismo” y “antimaquiavelismo”, el hecho de la persecución religiosa (los jesuitas, hasta llegaron a quemar la efigie de Maquiavelo en las plazas de Ámsterdam), que marca la “fortuna” del autor de los *Discorsi*, ha acabado entretejiendo ambos problemas (véase al respecto el documentadísimo ensayo de uno de los colaboradores del presente libro, Giorgio Scichilone, titulado *La cultura cristiana in Machiavelli e Machiavelli nella cultura cristiana. Alcune considerazioni*, su *Introduzione* al Congreso de Erice del 2 y 3 de diciembre de 2012, en *Storia e Politica*, vol. III núm. 1, 2011, p. 18. Aprovecho estas líneas para agradecer vivamente al profesor Scichilone la larga lista de sugerencias y críticas a mi introducción, que han aprovechado para mejorarla: el lector ha salido ganando con ellas.

## INDIVIDUO Y POLÍTICA EN *EL PRÍNCIPE* DE MAQUIAVELO

---

biéndose vecino de ilustres compañías, las recién mentadas entre otras,<sup>6</sup> con las que departir interminablemente sobre lo divino y lo humano en el más allá.

O de ahí también que el panfleto antimachiaveliano redactado por el entonces príncipe Federico II, y publicado siendo ya rey, brindara no solo la oportunidad de mostrar la inagotable capacidad de adulación y de venderse por interés de la que un Voltaire era capaz, y de soslayo la gloria de un teórico que necesitaba ser refutado por un príncipe, sino también la *occasione* tanto de difundir el conocimiento de Maquiaveliano por *terre incognite*<sup>7</sup> hasta entonces —sirva el ejemplo de Rusia o Turquía, donde se tradujo *El Príncipe* por primera vez—, cuanto de generar nuevos escritos y nuevas corrientes de opinión a favor del *segretario fiorentino*.<sup>8</sup> Se le confundía directamente con el diablo o se le achacaba haberle vendido su alma, cuando lo único que hacía era consignar a la posteridad una lectura de la sociedad y del hombre exenta de elementos teológicos, en la que ambas instancias son los dueños de su propio destino, o al menos, en el caso de los hombres comunes, de la mitad del mismo. Se demonizaba sin

---

<sup>6</sup> Quizá no esté de más aquí, y por ceñirnos únicamente a un caso, el de Petrarca, que este era uno de los que ya se habían adelantado al *Segretario fiorentino* en el proceso secularizador al ignorar por completo, en su tratado sobre los hombres famosos, a los “santos y mártires del panteón medieval” y centrarse en “los héroes paganos de la antigüedad” (Alan Bullock, *The Humanist Tradition in the West*, Nueva York-Londres, Norton & Company, 1985, p. 29).

<sup>7</sup> Al lector machiaveliano, sin duda, no le habrá pasado desapercibida la expresión, que forma parte de la frase inicial del “Proemio” machiaveliano a los *Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio*, en el que compara las dificultades y peligros de la reinstitucionalización de una sociedad —repitiendo la célebre idea expuesta en el cap. VI de su otra obra magna— a los de una expedición que pretendiera “buscar aguas y tierras desconocidas”. Véase al respecto el libro de Giorgio Scichillone con el mismo título y con el siguiente subtítulo: *Retorica e religione in Machiavelli* (Milán, Franco Angeli, 2012), en el que resalta la idoneidad de la metáfora compendiada en el título para expresar la revolución teórica llevada a cabo por el autor de *El Príncipe*, el nuevo Colón del pensamiento político.

<sup>8</sup> Inglaterra fue en este caso el teatro en el cual literatura y política contendían entre sí bajo banderas enemigas: la del antimachiavelismo, enarbolada por Shakespeare o Marlowe, y la del machiavelismo, defendida por Neville o Harrington.

## 500 Años de *El Príncipe*

---

más su obra por perversa cuando solo era secular y humanista, quizá la primera expresión acabada en Occidente de lo que iba a marcar una tendencia, y el primer proyecto del Medioevo tardío realizado por el pensamiento renacentista. Las injurias, empero, obtuvieron el mismo éxito que el secreto que las animaba: seguir detentando el monopolio de la verdad y de su poder. El prejuicio debería haberse envuelto en un disfraz racionalista en lugar de en uno autoritario si aspiraba a obtener para su cinismo y su prepotencia un papel más eficaz.

Los motivos por los que Maquiavelo pasó a ser impenitente viajero, las razones que otorgando fama a su obra y gloria a su persona le llevaron a trascender el perímetro de su vida universalizando una y otra, fueron lógicamente sus ideas y estaban escritas. Leerlas, todavía produce una perplejidad y un asombro casi de neófito, a poco que se contextualice su pensamiento. Lo que sorprende quizá más, dado que, en el fondo, se trataba de un romano, alguien que, como en Roma, también confiaba a la plebe la custodia de la libertad que la ciudad se había garantizado preservando el conflicto, y que la república debía asignar poder a dicho sujeto como condición de su seguridad, la formación de un ejército popular.<sup>9</sup> Con la élite intelectual de la gran urbe, así como con la de los griegos que ejercieron un magnetismo tan grande sobre ella, comparte la creencia de que las sociedades se hallan naturalmente divididas en dos partes asimétricas en número y poder, hostiles entre sí;<sup>10</sup> que la política es el lugar donde se opera el milagro de la transmutación del conflicto en cooperación, razón por la cual constituye la actividad social por excelencia; que es la propia sociedad la que recompone sus diferencias por medio del autogobierno; que el gobierno mixto, la maravilla institucional que sintetiza en una las tres formas de gobierno, constituye el instrumento a través del cual dicho autogobierno

---

<sup>9</sup> Millar, Fergus *The Roman Republic in Political Thought*, Hannover -Londres, University Press of New England, 2002, p. 71.

<sup>10</sup> La conciencia de la estructura social era mucho más rica y variada de lo que Maquiavelo nos deja ver en sus obras, y conllevaba igualmente la de su posible cambio; ello, como nos recuerda Peter Burke, era visible ya “en las discusiones sobre la definición de la nobleza —nobleza de sangre o nobleza de mérito—... muy frecuentes en este periodo” (*El Renacimiento italiano. Cultura y sociedad en Italia*, Madrid, Alianza Forma, 1993, p. 185).

## INDIVIDUO Y POLÍTICA EN *EL PRÍNCIPE* DE MAQUIAVELO

---

se ejerce, esto es, el entramado institucional que da lugar al sortilegio.

A tales creencias se añaden otras más de índole romana: la de que el origen de una república decide su destino; la de que una fundada con arreglo a un plan será siempre más estable; la de que —genial homenaje a la acción, pese a la aparente contradicción con las anteriores— la historia puede ser el escenario en el que la experiencia puede llegar a racionalizarse, como vio Cicerón en la de Roma, vale decir: a la autoconstrucción en el tiempo de una república azarosa tan fuerte como la originariamente planificada; que, ya construida, devolver su constitución a sus orígenes cada diez años constituye el mejor sistema para purificarla de los desperfectos que el tiempo haya ido produciendo en la misma; que la república basada en la grandeza —la cual descansa en las armas— es la única que puede crecer y devenir así más estable que la que debe su éxito al lugar donde se fundó —segundo gran homenaje a la acción humana, capaz con su esfuerzo racional de superar las prebendas otorgadas por la naturaleza a un determinado lugar—; que la religión nacional es un excelente medio para el logro de la obediencia a la ley; que la necesaria expansión más allá de sus límites primordiales se asegurará, además, concediendo la ciudadanía a los habitantes de las ciudades conquistadas que pasan a formar parte del imperio; etc. Un conjunto de creencias ese sólidamente mutado en convicciones merced a las pruebas aducidas por la experiencia, al que se acompaña un recetario de medidas singulares al objeto de desenvolverse con éxito en cada ocasión, en las que la prudencia acredita su cualificada formación en antropología, historia y política.

Ahora bien, el viajero del tiempo que ha llegado hasta nosotros no debe su gloria solo a su condición de viajero del pasado, sino aún más a la de viajero del futuro; si nos sabemos sus herederos es porque vivimos su legado, y en él no hay solo una forma singular de mirar el pasado y de reciclar el aprendizaje del mismo, sino una forma distinta de mirar el poder que a veces es nueva y en gran medida actual. En su doctrina, en efecto, principian o se activan ideas como las siguientes: la ruptura de la unidad normativa que reglaba nuestra existencia, la fragmentación del sistema que aspiraba a componer y el enfrentamiento entre



## 500 Años de *El Príncipe*

los diversos miembros resultantes;<sup>11</sup> el sello de impotencia que ahora unce como un estigma la frente de la religión, la moral o las costumbres en su afán por dominar la conducta de los sujetos y de garantizar el bien común: y la triunfal entronización de la política coronando tal movimiento teórico; suya es la misión de conservar la sociedad y de favorecer el bienestar de sus miembros —un fin que requiere el uso de la fuerza—, y ese signo de supremacía es asimismo el de su inmanencia.

Pero hay muchas más ideas, que nos limitamos simplemente a resumir: la proclamación, insisto, de la necesidad de la fuerza y aun, extraordinariamente, de la violencia, más la inmediata diferenciación entre una y otra, entre fuerza y violencia, en la administración ordinaria de la cosa pública; una ley del poder, en vir-

---

<sup>11</sup> Al respecto, en otro trabajo anterior “El Poder de la *virtù* en *El Príncipe* de Maquiavelo”, *Dianoia*, núm. 14. 2009, pp. 85-117, escribíamos, con alguna variante, esto: “(...) Berlin, que es quizá quien mejor ha escrito al respecto, enfatiza sin embargo demasiado su posición. La novedad maquiaveliana habría consistido en la diferenciación “entre dos ideales de vida incompatibles”, el pagano y el cristiano. Posición tan radical le situaría al margen de la tradición metafísica occidental, de Platón al siglo XVIII, anclada en su orden —cósmico y social— fijo del mundo, y en su consiguiente visión de ambos órdenes como “una estructura única, inteligible”. Pero gracias a esa ruptura, que hasta le sacaría por exceso de la tradición de la *Staatsräson*, Maquiavelo deviene precursor del pluralismo ético y político hoy dominante en la tradición política occidental. Esa posición, creemos, exacerba los elementos de ruptura al punto de pasar por alto que aunque la supremacía de la política sobre la ética o la religión resulta incuestionable, Maquiavelo nunca llega a poner en duda que los valores cristianos o paganos también pueden darle a la política moderna la cohesión social —y política a la postre— que la religión pagana le otorgara a la antigua. No creemos que su orden se vea dominado por esa “economía de la violencia” resaltada de manera no demasiado consciente por Wolin [Wolin, Sheldon S., *Política y perspectiva. Continuidad y cambio en el pensamiento político occidental*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 2001, p. 238], y antes por Jacob Burckhardt [*La Cultura del Renacimiento en Italia*, Barcelona, Editorial Iberia, 1984, p. 43], y a la que Berlin se adscribe, y aunque lo estuviera, parte de la *virtù* del príncipe consistirá en ocultar mientras pueda que con su acción viola los valores absolutos, judeocristianos o paganos, de sus súbditos. En ese respecto descansa parte de la economía de la obediencia, el elemento político aportado por el pueblo a la conservación del Estado (Véase Isaiah Berlin, *La originalidad de Maquiavelo* [en *Contra la corriente*, Madrid, FCE, 1992], pp. 105-138)”.

## INDIVIDUO Y POLÍTICA EN *EL PRÍNCIPE* DE MAQUIAVELO

---

tud de la cual solo cuando se le limita resulta eficaz, primicia del poder como medio de la libertad, la idea desplegada por Montesquieu o *El Federalista* más especialmente, entre otros; el derivado rescate del pueblo en cuanto sujeto político incluso en el interior del principado “absoluto”; el reconocimiento de un poder super partes relativamente autónomo respecto de la sociedad, mediante el cual esta aspira a cicatrizar la herida de su división constitutiva sin curarla para siempre;<sup>12</sup> la promesa de la abstracción institucional que contiene en la persona del príncipe *super partes*; la sanción, consiguiente a todo lo anterior, de la política como arte; la indeterminación de la política que conlleva, en la que la prudencia, siguiendo la pauta del maestro Aristóteles, para quien “es imposible legislar sobre lo que es materia de legislación”,<sup>13</sup> del hombre público desempeña un papel estelar, mediando al gobernar entre el presente y la caja de Pandora del futuro —lo ordinario que viene—: el azar —un movimiento inesperado en el curso ordinario de las cosas y sacudido por él—, la necesidad —lo extraordinario que cuestiona lo ordinario— y la excepción —lo extraordinario como norma—; y todo ello desde la afirmación ontológica del cambio como ley de la historia; etcétera.

E incluso, es menester afirmar, hay ideas que anticipan o forman parte del patrimonio democrático de nuestras sociedades, pues, como aludíamos más arriba, aún custodiamos el fuego sagrado del conflicto como paladio de la libertad, aun cuando en

---

<sup>12</sup> Con todo, menester es decir que si bien los *tumulti* se asocian indeleblemente a la libertad en cuanto fuente social de su existencia política, no todos ellos son valorados de igual manera; entre las enseñanzas que a Maquiavelo producen las turbulencias generadas por el intento de aprobación de la Ley Agraria en Roma, la segunda de ellas destaca que al ser la ambición de los nobles tan extrema y persistente es menester contenerla por procedimientos varios; y que si bien hay que intentar preservar la legalidad, a veces —tercera enseñanza— es preciso recurrir a “procedimientos extraordinarios”, algunos de los cuales, como el de la retroactividad de la ley, concluye, podrían producir tumultos que aboquen a guerras civiles en los que cabe hasta la desaparición de la libertad y de la propia república (*Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio*, Milán, Biblioteca Treccani, 2006, 1-37). Los *tumulti*, en realidad, solo garantizan de manera estable la producción de libertad en la república bien ordenada, es decir, la regida por un gobierno mixto.

<sup>13</sup> *Política*, Madrid, Gredos, 2000, 1287b 11.

## 500 Años de *El Príncipe*

---

Maquiavelo derive de la pluralidad de las cosmovisiones sociales y entre nosotros el enfrentamiento surja de la pluralidad de intereses individuales, todos ellos legítimos si no se pretende imponerlos recurriendo a la violencia. Añadamos a la mencionada la constitucionalidad de la excepción, es decir, la sanción normativa de la concentración de poderes en un *dictator* a la romana —por un tiempo y para un fin establecidos— en caso de peligro extremo para la comunidad, y sin que ello conlleve coda normativa alguna que dote de futuras prebendas al titular de dicho poder cuando, cumplida la misión, lo consigne de nuevo a los legítimos gobernantes. Asimismo, la identificación, más que probable, de la *virtù* republicana con la libertad,<sup>14</sup> completada con la de la libertad como autogobierno, se traduce en un ensanchamiento de la antropología, esto es, en el surgimiento de un sujeto más complejo que aquel con el que el autor inició su personal aventura en el mundo del saber, un individuo, que ahora tiene nuevos objetos para sus pasiones, nuevas pasiones incluso o solo ahora ejercidas, que engrandecen su alma, más ideas con las que agrandar su mente y hasta antiguos recuerdos y emociones nuevas, compartidas con los demás, que los engrandecen a todos de manera integral, puesto que están en la base de la acción política colectiva (bien que algunos de ellos se asocien a un objeto realmente nuevo, la nación —deidad de una fe en apariencia laica, pero sacrílegamente trufada de religión—, que si por entonces aparecía vinculada a la libertad el tiempo la revelará más proclive a su extinción mediante la violencia).

Cuando un supuesto de ayer ha devenido hoy problema se ha avanzado en el pensamiento, como nos enseñó Mill; en ese sentido, nada más roedor de cualquier *statu quo* que la libertad y la igualdad, como nos enseñó Tocqueville. Y, en ese sentido también, pocas mentes más libres que la de Maquiavelo, capaz de demoler milenios de verdades adquiridas en el segundo de una

---

<sup>14</sup> ¡Cuánto dista esta ecuación, propia del ideal republicano de Maquiavelo, y antecedente de nuestra normatividad democrática, de ese mundo ético espurio que, al decir de aquel, educaba en el ocio a hombres destinados a la contemplación, y que más bien producía en serie seres serviles y depravados; un mundo, por otro lado, tanto más inútil cuanto que se trataba de una época de fuertes cambios históricos, y ahí la fuerza o la violencia misma tienen mucho que decir (*cfr. Discorsi..., cit., I-12*).

## INDIVIDUO Y POLÍTICA EN *EL PRÍNCIPE* DE MAQUIAVELO

---

sola frase (“[...] siendo mi intención escribir algo útil para quien lo lea”),<sup>15</sup> de igualar políticamente a las clases en el autogobierno republicano y a los ciudadanos en cuanto súbditos del príncipe, pese al reconocimiento permanente de las diferencias que les separan, tanto de estatus como de fines, tradición, simbología, etc. Por ello hoy, a pesar de los acontecimientos tan dispares señalados al principio de este escrito, y que han contribuido a cambiar tanto la fisonomía de la sociedad occidental, seguimos siendo sensibles a su pensamiento, dado que la democracia supone el paso final del doble proceso de igualación de los ciudadanos ante la ley y de su reconocimiento como sujetos de derechos. Por ello y, por supuesto, porque, como nos enseñó el propio homenajeador, la identidad de la naturaleza humana es una constante en la historia de la humanidad, lo cual nos permite *mutatis mutandis* convertir en contemporáneos nuestros a los individuos de cualquier tiempo y lugar, estudiar en el libro de sus acciones y aprender de los resultados de las mismas.

De ahí que nos parezcan extemporáneas, y no solo antimachiavelianas —él, discípulo aquí de Tucídides,<sup>16</sup> siempre escribió para la eternidad, no para o desde Florencia o Italia—, las discusiones acerca de la contextualización de su pensamiento. No es cuestión de entrar aquí en una problemática que es propia de la sociología de las ideas, pero sí vale la pena afirmar que cuantas más ideas se vinculen a un contexto determinado o, mejor aún, cuanto más estrechamente se vincule una idea al mismo, más se la aleja de nosotros y más nos hurtamos la posibilidad de hacer uso de ella en el presente e historia con ellas; dejarían de existir automáticamente esa venerable especie de mortales a los que llamamos clásicos por considerarlos inmortales y traficariamos con los huesos de un cadáver que ya no proyecta sobre la nuestra vida alguna: seríamos paleontólogos de las ideas, asépticos clasificadores de otros tipos de fósiles, mas no, cierto, historiadores, que trabajan con cuerpos vivos, exhuman regularidades en los hechos y trazan continuidades entre el ayer y el hoy, es decir, descifran un sentido en ellos que sobrevive al tiempo y conjunta las épocas,

---

<sup>15</sup> *El Príncipe*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2008, p. 110.

<sup>16</sup> *Historia de la Guerra del Peloponeso*, Madrid, Gredos, 2000, I-22, 4.

## 500 Años de *El Príncipe*

---

y eso con independencia de “las escuelas y epistemologías”<sup>17</sup> a las que pertenezcan y de las que se valgan. Todo eso se percibe con mayor claridad aun cuando el objeto de estudio son las ideas del pasado, porque en tal caso muchas de ellas no solo renuevan su sentido o crean otro a partir de sí mismas, sino que literalmente lo hacen en virtud de su magisterio, es decir, acompañadas de la aureola de autoridad. ¿Por qué, si no, lamentaría un Hobbes que los principales estorbos a la comprensión de una doctrina tan clara y distinta como la suya provinieran de las ideas desplegadas por esos contemporáneos suyos llamados Aristóteles y Cicerón? Del mismo modo, cabría decir que valorar las ideas de Maquiavelo, sus logros o su alcance, en función de su vinculación al surgimiento de los nuevos principados en Italia o de los nuevos Estados nacionales en Europa, entraña no solo ignorar la metodología y los fines del propio autor de *El Príncipe*, sino también defender una concepción sumamente errónea acerca del significado tanto de los clásicos como del hecho de historiar las ideas políticas.

¡Ojalá que el lector no profesional pueda encontrar entre lo dicho alguna razón para interesarse en la *res publica*, único trabajo común de los miembros de cualquier sociedad —a la manera en que Epicuro, al inicio mismo de su Carta a Meneceo, abogaba por que todos permaneciéramos siempre interesados en la filosofía—, o cuando menos una excusa para releer a un, todavía, contemporáneo suyo que escribió cinco siglos atrás!

---

<sup>17</sup> Fazio Vengoa, Hugo, *La Historia del Tiempo Presente: historiografía, problemas y métodos*, Bogotá, Universidad de los Andes, 2010, pp. 50 y ss. No se alarme el lector pues no queremos insinuar aquí la silueta de algún fantasma metafísico que sustente a una sociedad más allá de ella misma y quizá aun contra su voluntad, o que la dote de una identidad independiente de sus transformaciones. La continuidad no niega el cambio, sino que lo afirma, y el sentido, por su parte, afirma la continuidad; es decir, aludimos al fenómeno histórico, por el que pasan todas las sociedades, de mudar de manera perenne de piel hasta alejarse indefinidamente de la configuración inicial y, al tiempo, guardar cierta unidad, que la sucesión de generaciones y el acopio de testimonios contribuye a preservar por medio de una memoria común: la propia historia.